



9+1

10 Relatos académicos

Fernando Buscaglia

9 + 1

10 Relatos académicos

**Cuentos, relatos y anécdotas de ser alumno y
de mis alumnos**

AGRADECIMIENTOS

A todos ellos, a los actores principales de estos relatos y anécdotas ya que sin ellos no me hubiera sido posible plasmar en palabras.

El desalojo

(Mi primer día)

Fue por allá en abril del año 1998, cuando comencé la Facultad. Ingeniería en Sistemas de Información en la UTN. Había hecho el curso de ingreso entre febrero y marzo, pero esta era mi primera clase formal de la carrera. Eran las seis de la tarde, lunes. Para los que trabajábamos no nos quedaba otra que ir a cursar en el turno noche, de 18 a 23. La cursada; Álgebra. Seríamos aproximadamente unos 65 a 70 alumnos.

Recuerdo que entró el Profesor muy puntual y con una seriedad que pocas veces hubiese imaginado. Como se dice en estos casos, “no volaba ni una mosca”, todo era silencio, desconcierto y preocupación. Todos nos mirábamos y reinaba entre nosotros el nerviosismo.

D’Angelis, fue lo primero que escribió en el pizarrón. Obviamente supusimos que era su apellido ya que como dije anteriormente el silencio se había adueñado de aquella aula facultativa.

- ¡Para que me vayan conociendo, los pocos que van a quedar; sepan que desayuno todos los días con una Integral! – Soltó como primera frase.

El frío corría por mi cuerpo, mi piel ya se parecía más a un Sapucaí doble pechuga y si antes de tal frase les dije que estaba preocupado, entenderán como me sentí acto seguido.

Segundos después comenzó a escribir una serie de números e ir haciendo una descripción del significado de cada uno de ellos:

- *Ocho. Ocho son los meses que Uds. tienen de clases por cada año. De abril a noviembre.* – dijo comenzando el relato.
- *Si cada mes tiene promedio 30 días me da que son 240 días de clase por año.* – Empecé a pensar que se trataba de algún problema de álgebra.

Recuerdo que estaba con Charly. Charly para los que no lo conocen era y es mi mejor amigo. Juntos hicimos la secundaria, el terciario y habíamos decidimos empezar la facultad por aquel año.

- *Uds. tienen 46 materias.* – continuo D'Angelis.
- *Por cada materia tienen al menos 2 parciales y un final. Esto me da una suma de 138.* – A esta altura cada vez se entendía menos lo que estaba tratando de demostrar.
- *Suponiendo que tengan solamente un 20% de desaprobaciones, estaríamos hablando que Uds. deberán tener que rendir al menos unas 165 veces.* – continuo
- *Si a los 240 días que dijimos que tiene el año lectivo le restamos las semanas de vacaciones de invierno y las dos semanas de exámenes finales nos estarían quedando 210 días.* – continuaba escribiendo fascinado el profesor.

A esta altura Charly y yo nos mirábamos con desconcierto y ya comenzábamos a reírnos de la situación producto del desentendimiento generado por aquel entonces. No está demás decir que siempre fuimos... ¿cómo decirlo?... verborrágicos para reírnos cuando no entendíamos algo o cuando la situación lo ameritaba. Y esta era una de esas situaciones...

Fue así que aquel en principio rechazante, pero al final, adorable profesor de Algebra extendió su relato.

- *Si a los 210 días que nos quedan le restamos los sábados, domingos y feriados quiere decir que nos quedan en forma aproximada 150 días de clase efectivos en un año lectivo.*

No paraba de poner números y más números en aquel pizarrón verde, viejo, casi desarmado que demostraba los años que debía estar allí colgado.

- *Esto quiere decir que si tenemos 150 días de clase en un año y uds. van a venir a rendir 165 días, ¡MÁS DE UN AÑO! – enfatizó hasta llevar la voz a su tono más alto. – Si, bien digo, ¡MÁS DE UN AÑO VAN A VENIR SOLAMENTE A LA FACULTAD A RENDIR ALGO!*

Fue allí el momento en que se dio vuelta, se produjo nuevamente el silencio apagando ese murmullo que ya se había producido en el aula, nos miró fijamente a los ojos a cada uno de los 65 o 70 presentes y nos dijo:

- ¿Uds., están seguros que quieren seguir sentados acá?

Pasaron solo unos pocos segundos cuando aquella aula de la división N°47 comenzó a desalojarse. Momentos después éramos tan solo 27. Entre ellos, Charly y yo.

Cero, sí cero

(la historia de Carla)

Llovía. Era una de esas tardes en que uno prefiere quedarse en casa. Era invierno. El viento sur se lo veía en forma de llovizna que de solo verlo a través de la ventana te daba escalofríos.

Como se dice en estos casos, estaba para tomarse unos mates calentitos con tortas fritas en familia o con amigos, aunque las ganas de irme a dormir la siesta, calentito en la cama con la tele como compañera competía de igual a igual.

Pero mi compromiso con el trabajo estaba primero. Debía ir a tomar final de Arquitectura de las Computadoras. Insisto, eran más fuertes las ganas de quedarme en casa, pero el trabajo y mi responsabilidad estaban primeros.

En esos treinta, treinta y pico de minutos que me lleva el trayecto desde casa al Instituto solo iba pensando una sola cosa. Que de los siete inscriptos que había se presente alguien porque irme hasta allá en vano no sería nada agradable ya que insisto; estaba para quedarse en casa.

En la ruta no andaba nadie, debo haberme cruzado con un par de camiones tan solamente.

Cuando llegué al instituto, ahí estaba Patricia, la preceptora, sola, como pidiendo por favor que alguien venga a hacerle compañía en ese día tan espantoso.

Ya era tarde, era la hora del final – siempre los finales los comencé a las cinco de la tarde y ya eran las cinco – motivo por el cual tomé mi planilla y cruzando apenas un par de frases con Patricia me fui a buscar un aula para el examen.

Se hicieron las 17:25 y seguía solo. Pensé; con este día todos habrán hecho lo que yo no hice. Me fui hasta dirección. Allí seguía Patricia a quién le pregunté:

- Patri, ¿hasta qué hora debo esperar a los alumnos o llenar el libro con los ausentes?

Miró y señaló el armario donde se encontraban los planes de estudio, al mismo tiempo que expresó.

- ¡Por reglamento son 15 minutos Fer! -
- ¡Perfecto! Le dije mientras me sentaba relajado y dispuesto a comenzar a llenar el libro con los ausentes, firmarlo y volver rápido a casita para estar calentito.

En ese momento, justo cuando estaba terminando de llenar el libro, previo a poner mi firma, llega Carla.

Carla, había cursado dos años atrás mi materia. Su cursada había sido bastante light, por no decir desastrosa, y había logrado aprobarla como se suele decir en estos casos, a los “ponchazos”, de recuperatorio en recuperatorio e integradores varios. Punto a parte para este sistema con el cual NUNCA estuve de acuerdo, pero eran las normativas vigentes por allá en mayo del 2011. Era de las alumnas que se destacaban, pero lamentablemente siempre era por algo negativo.

Pues bien, llegó Carla, me miró a los ojos y con cara de pollito mojado me dijo:

- ¡Hola profe! Perdón, pero se me hizo tarde

A todo esto, ya habían pasado unos cuarenta y cinco minutos de la hora estipulada para el comienzo del examen.

- ¡Carla! – Le dije muy sorprendido
- ¿Cómo anda profe? – dijo como si nada hubiese pasado

- Ya estoy terminando de completar el libro con los ausentes – le expliqué.
- ¡Uh que lástima! – Exclamó

Patricia que andaba por allí haciendo su trabajo, escuchó la conversación, se acercó, me miró fijo y me dijo:

- Fer, el libro se puede salvar si vos querés.
- No entiendo Patri, ¿Cómo?
- El tema es así: vos por reglamento tenés que esperar quince minutos, los cuales ya pasaron. – y continuó diciendo – de todas maneras, si vos querés, podés tomarle el examen y luego “salvamos” el ausente por su nota final.

Miré a Carla fijamente y le pregunté:

- ¿Estudiaste?
- ¡Si! – respondió
- ¿Segura? Mirá que ya me estaba yendo y la verdad que con este día tengo ganas de estar calentito en casa con mi familia – expresé poniendo la típica cara que mis alumnos reconocen cuando las cosas no me gustan como se hacen o como salen.
- Si profe. Estudié

Me levanté, agarré mi maletín con la notebook, el libro de examen, el acta, y salí al frío y húmedo pasillo en busca de un aula.

Dejé pasar a Carla, cerré la puerta, saqué de mi maletín la hojita impresa donde estaban los ejercicios de la parte práctica de arquitectura, ya que esa era mi modalidad. Primero tomaba la práctica, la corregía, y en el caso de que estuviese

aprobada, posteriormente evaluaba la parte teórica de forma oral.

Le di a Carla la hoja, me senté en mi escritorio y me dispuse a encender mi notebook, como para aprovechar el tiempo. Tal vez leer algo, tal vez adelantar algo de trabajo, no sé, algo me pondría a hacer ya que en ese aula grande y fría estábamos tan solo Carla y yo, con lo cual no tendría a nadie con quien charlar mientras ella rendía.

La notebook era nueva, moderna, tendría menos de un año de uso, y sin que aún haya terminado de encender, se acercó Carla, extendió su mano sin decir ni una palabra y me entregó la hoja.

- ¿Cuál es tu duda Carla? ¿Sobre qué ejercicio querés preguntarme? – soslayé.
- Ninguna. ¡Ya está! – me dijo sin decir ni una palabra más.
- Pero, no entiendo. ¿No me dijiste que habías estudiado?
- No, solo vine a ver que tomabas.

Mi cara se transformó. Recuerdo que en ese instante me pasaron infinidad de pensamientos, los cuales no podía exteriorizar por diversas y más que obvias razones. Me sentí totalmente usado, ultrajado, humillado y por sobre todo, sentí una GRAN FALTA DE RESPETO a mi persona. Respiré una y otra vez en forma profunda hasta que me calmé... Ella seguía ahí, esperando vaya a saber qué. Tal vez que le corrija o que le pusiese la nota.

Miré la hoja que me entregó y era la misma y se encontraba en las mismas condiciones en que yo se la había entregado. No tenía nombre, no había siquiera una marca... nada.

Me puse de pie, la miré fijamente a sus ojos y con toda la calma posible le dije:

- Carla, no encuentro las palabras para definir lo que acabás de hacer. Es una falta de respeto. Nos sos una adolescente – que tampoco tendría justificativo, y continué diciéndole – Quedate acá, esperame unos minutos que ya vuelvo. Voy a dirección a consultar si te puedo poner un cero.
- ¿Un cero profe? – soltó con una sonrisa muy irónica
- Si Carla, un cero. Ya vengo.

Me tomé unos minutos mientras caminaba hasta dirección pensando que decisión tomar, como se lo plantearía a la directora y el porqué de mi intención. Sabía que Carla no se iba a ir porque yo tenía su libreta en mi poder y eso me aseguraba que al regresar ella estaría en el aula. Estaba muy enojado. Acababa de ser usado y menospreciado por una alumna. Aun no podía creer lo que había sucedido. Era la primera vez en años que me encontraba con una situación de éstas características y por ende desconocía si el cero era una nota posible, probable o admisible. Carla tenía veintinueve años.

Al regresar al aula luego de hablar con Carmen, la directora, con la cual nos habíamos tomado el tiempo suficiente como para leer las normativas vigentes, plan de estudio, reglamentaciones y demás, volví un poco cabizbajo ya que el cero no era una nota posible. Entré al aula, ella seguía ahí, en el mismo lugar en que había quedado cuando me fui, inmóvil.

- Carla, pues bien. No puedo ponerte un cero ya que no es una nota admitida.

Le entregué su libreta, cerrada, para que no viera el “doloroso” uno que le había tenido que poner. Doloroso para quien escribe, está más que claro. Ella permanecía en silencio, tomó la libreta y antes de que se diera vuelta le dije:

- Tené muy en cuenta que lo que hiciste hoy fue una vergüenza. Una verdadera falta de respeto hacia mi persona, con lo cual te aconsejo... – No suelo dar consejos, porque como decía mi abuelo, a los “vivos” no les hace falta y los “boludos” no te dan bola – ...Que mientras yo siga siendo profesor de ésta materia en este instituto, no sería conveniente que te presentes.

Lo dije con la mejor cara que podía poner en ese instante, de manera tranquila y pausada para que se entendiera bien lo que quería decir. No había ventanas, solo paredes húmedas y frías que escucharon lo que Carla y yo charlamos ese día.

Se hicieron más de las 20:45 cuando me subí al auto y emprendí mi regreso. No puse música como solía hacerlo todos los días. Solo volví pensando y cuestionando el por qué no había podido poner un cero, cuando alguien por primera vez me había demostrado que se lo merecía. Ese fue el último día que vi a Carla.

Perdón, te puse un nueve

(la historia de Laura)

“A nuestro eximio profesor Fernando Buscaglia con toda la seriedad y rigor profesional que su idoneidad demanda y que la circunstancia amerita”

Esa fue la dedicatoria del trabajo práctico final de Teleinformática, con el cual Laura se recibió.

Fue el 12 de mayo del 2009 cuando comencé a dar clases en el instituto. Por aquél entonces comencé con la materia Sistemas Operativos en la carrera de Sistemas de Información. Yo venía bastante preparado, luego de haber cursado dicha materia en la facultad y de tener una excelentísima relación con quien había sido mi profesor y jefe de la materia en la UTN.

Por medio de él comencé a dar clases de apoyo, luego estuve encargado de los trabajos prácticos y de vez en cuando lo reemplazaba o acompañaba en alguna que otra clase. Sistemas Operativos era; y es; una de esas materias “filtros” en la facultad. Es de las más importantes, específicas e intangibles a la vez, lo cual complica el proceso de enseñanza-aprendizaje, aunque emocionante para expresarla.

Abrí la puerta... ingresé... y ese primer silencio que escuché me hizo recordar mucho, muchísimo a mi primer día de clases en la facultad siendo alumno.

Me presenté, como suelo hacerlo siempre, y antes de comenzar a explicar cuáles serían los contenidos de la materia y demás temas académicos y de cursada, intenté pedirles a mis futuros alumnos en una charla corta, simple pero contundente, todo lo que conlleva al respeto entre las partes, entre los pares, el uso del celular dentro del aula y demás cuestiones.

Luego si, un poco más distendido... solo un poco... (y se notaba que mis alumnos percibían lo mismo que yo estaba percibiendo), escribí en el pizarrón cuales serían los libros sobre los que basaba mi materia. La clase continuó hasta completar las 19:40 hs. momento en que me di cuenta que era recreo producto del barullo que se hacía notar en los pasillos.

A la semana siguiente, como siempre muy puntual de mi parte, siendo las 17:40 comencé la clase.

Allí estaba Laura. Eran unos treinta o treinta y cinco alumnos. Mi memoria suele fallarme y muy seguido, lo reconozco, pero al día de hoy que recuerdo dónde y cómo estaba sentada Laura. No recuerdo como estaba vestida, pero si, que frente a ella en su pupitre estaba de forma imponente uno de esos títulos que semana atrás había escrito en el viejo pizarrón y que mientras los escribía pensaba para mis adentros – ¿alguien quizá se moleste en averiguar?

No está demás aclarar que, en el año 2009, si bien existía internet no era tan sencillo como lo es hoy conseguir ese o cualquier otro tipo de libros en forma gratuita y en pdf, con lo cual lo que había hecho Laura era majestuoso.

Es más, se notaba que el libro era nuevo, pero no estaba allí para intimidarme, era evidente que ya había sido abierto y que la primera unidad había sido leída.

En esa clase no solo estaba Laura, había muchos otros alumnos que tenían mi edad o mayores aún y muchos de ellos provenían de carreras universitarias, como fue el caso de Jorge, que estaba allí sentado frente a mí, en esa clase y que había sido mi compañero de cursada en alguna de las tantas materias de cuarto año de la facultad de Ingeniería en Sistemas.

Tomé como premisa a fin de cada semana decirles que tema debían traer leído para la semana siguiente que haría preguntas antes de comenzar. De cada clase me tomaba los primeros veinte minutos para preguntarles al azar (o no tanto) sobre cuestiones concretas e ir evaluando periódicamente a todos ellos.

Cuando mi mirada era dirigida a Laura y por ende la pregunta era para ella, sin titubear comenzaba a explicar de forma clara, pausada, y entendible hasta para Pedro, que era de esos alumnos que se notaba que estaba sentado allí, al fondo, sin importarle nada y que era evidente que el día que se inscribió en la carrera fue porque justo pasaba por allí, vio luz, y entró...

Laura no se hacía notar, era tranquila, callada, muy educada y por nada en el mundo iba a responder algo si no le correspondía, con lo cual se distinguía de ella todo lo bueno. Nunca tuvo la intención de demostrar que tenía o que era más que los demás, pero poco a poco se fue construyendo esa relación “tácita” donde el alumno, Laura en este caso, se imponía clase tras clase estar a la altura de la asignatura (o del profesor, según algún día deslizó al pasar) y dónde yo no podía dejar nada libre al azar, porque sabía que Laura ya lo había leído y aunque no quisiera ambos de una u otra manera nos estábamos poniendo algún tipo de “presión”.

Laura era una señora de unos cuarenta y tantos, muy pulcra, educada, inteligente, servicial con todo el mundo y como si eso fuera poco para distinguirla, siempre llevaba consigo una sonrisa.

Luego de unos meses de cursada llegamos al primer parcial. Aquí debo hacer un paréntesis, porque la verdad es que yo venía de dar clases en la facultad con lo cual estaba muy acostumbrado a ese ritmo.

Con el tiempo me di cuenta que estaba parado frente a mis nuevos alumnos de un terciario. Tardé en comprender que el nivel de enseñanza y de exigencia debían ser distintos. Me llevó meses, muchos meses o inclusive más de un año comprenderlo y modificar mi forma de enseñanza. Y me llevó tanto tiempo porque desgraciadamente (o por suerte) ese primer año de experiencia en el terciario tuve sentados frente a mí a Laura, a Jorge, a María que se sentaba con Laura y a tantos otros que provenían de facultades que tenían un nivel de aprendizaje e intelectual formidable, y por eso me costó tanto tiempo darme cuenta de que debía generar cambios en mis clases y en mis contenidos... aunque Laura era de otro mundo.

Llegó el primer parcial. Armé uno como solía estar acostumbrado. Al día siguiente corregí y para mi gran sorpresa noté dos cosas. Por un lado, de treinta y cinco solo habían aprobado tres, entre ellos Laura. Y, por otro lado, que Laura no había cometido errores, que sus respuestas eran correctas, entendibles, concretas y que por ende había obtenido un diez. No podía ponerle menos. Miré, leí, corregí su parcial tres o cuatro veces. Ejercicio por ejercicio, punto por punto. Así era Laura y así fue durante todas las cursadas en que la tuve como alumna. Diez en los parciales, diez en los trabajos prácticos, diez en los finales. Un día a modo de chiste le dije:

- Si me dejaran ponerte un once te lo pondría Laura. – A lo que ella respondió.
- No corresponde profesor, no es para tanto. Solo intento estar a la altura de las circunstancias.

¡Y pucha si lo estaba! Es difícil describirlo. Llevo doce años dando clases en carreras terciarias, siempre en materias específicas de carreras informáticas y al día de hoy sigo sin poder describir a Laura como ella se lo merece. No encuentro las palabras adecuadas.

Muchas veces con los alumnos de segundo o tercer año suelen surgir charlas, anécdotas, comentarios de situaciones pasadas. Suelo tener con mis alumnos una relación muy amena, cordial y hasta amistad pura en algunos casos. Soy el primero en decirles: ¡Ojo, que el viernes a la noche podemos salir a cenar y matarnos de risa, pero el lunes en el parcial si les tengo q poner un uno se los pongo! Y ellos saben que es verdad y que es lo correcto.

Vuelvo. Porque a veces me voy o mi mente se va para otro lado y luego digo en voz alta: ¿De qué estaba hablando yo? Pues bien, cuando por algo que estoy charlando me sucede que debo describir a Laura, ¡uf! Hago silencio, respiro profundo, me pongo de pie y nunca encuentro las palabras adecuadas para comenzar a describirla. Y cada vez que me toca hacerlo me sucede lo mismo. Fue única, es única.

Al año siguiente, en tercero, Laura cursó Teleinformática conmigo. Sería volver a contarles más de lo mismo. Parciales trabajos prácticos, final, solo podía ponerle un diez, era imposible ponerle otra nota.

Tal fue la entrega de ella en cada una de mis materias, que una vez recibida, con el título en la mano me dijo:

- Profesor. Si a usted no le molesta, el año que viene me gustaría venir a cursar de oyente Arquitectura de computadoras – Materia de primer año que comencé a dictar cuando Laura ya era alumna mía en segundo.
- Laura, sería un placer tenerte de alumna nuevamente, aunque sea como oyente.
- ¡Muchas Gracias profesor! El placer será mío y usted me hará un enorme favor ya que cuando la cursé no supe entenderla.

Hasta en ese momento fue respetuosa. Porque ambos sabíamos que el problema no había sido que ella no supo entenderla, sino que a veces hay profesores que hacen que una materia hermosa se convierta en un martirio.

Al año siguiente, el primer día de clases de arquitectura, allí estaba Laura. Segura, esperando ansiosa poder comenzar con las clases. La tuve de oyente y le dejé bien en claro que no podía tomarle parciales y final, aunque ella me lo suplicó:

- Por favor profesor. No me importa la nota de los parciales y si no va plasmada en ninguna parte, pero necesito que usted me tome los parciales como algo “interno” para poder evaluarme y comprender si los conceptos están aprehendidos.
- Ok Laura. Si así lo deseas, así será – Respondí frente a su pedido –

En algún momento llegué a pensar que era como una especie de superhéroe para ella. Siempre la justificación a favor mío. Permanentemente destacando las cosas buenas, nunca las malas, y que las tengo como todos y cada uno de nosotros.

Recuerdo el día en que estando en casa, era muy temprano por la mañana cuando me dispuse a corregir los parciales y

entre ellos estaba el de Laura. El parcial “ficticio” que quedaría solo entre nosotros. Todo iba bien hasta que de repente el corazón comenzó a latir de manera inusual. Me puse nervioso, comenzaron a transpirarme las manos, no podía creerlo. Había un ejercicio que tenía un pequeño error. De esos errores que uno comete cuando las cosas las hace apurado y no por falta del saber. Pero Laura no era así. Ella nunca se apuraba, se tomaba su tiempo para cada cosa en su respectivo momento. Recuerdo ponerle con mucho “dolor” en mi alma, un nueve.

Al finalizar todas las correcciones, envié las notas a todos mis alumnos por mail para que quien debía recuperar tuviese más tiempo para estudiar. Pero no a Laura. Era y a la vez no era mi alumna. Con lo cual esperé a la siguiente clase para verla y mostrarle su “parcial” y su nota. Me senté frente a ella parcial en mano. Nos miramos, comenzamos a sonreír y le dije:

- Perdón Laura, te puse un nueve.
- Ese nueve, aunque no tenga valor alguno, es la nota que más valoro de toda mi carrera profesor. Le agradezco que haya aceptado mi pedido y le estaré eternamente agradecida.

Ambos siempre supimos que había mucho más que una relación de docente-alumno. Que en realidad había un cariño mutuo más allá de lo académico. Y este cariño o amor no tenía nada que ver con la atracción sexual por parte de ninguno. Con el pasar del tiempo, forjamos la relación día tras día.

Hace ya varios años que nos une una hermosa amistad con Laura. Sabe cuánto la quiero y se cuánto me quiere. Nos vemos muy de vez en cuando para compartir unos mates y lindas charlas.

De hecho, cuando me comuniqué con ella y le dije que tenía ganas de escribir este humilde y sencillo libro y que deseaba escribir sobre ella (sin dar nombre obviamente) me dijo:

- Nunca me imaginé... Verme escrita... ¡Qué honor!

No recordaba que era tan complicado

(la historia de Patricio)

- ¡No recordaba que era tan complicado!

Quedó esa frase en mi memoria luego de que dos alumnos, amigos hoy en día, me la recuerdan cada vez que nos juntamos a cenar.

La frase es mía, pero son de esas frases que uno dice sin percatarse de lo que dice o de cómo lo dice y si a eso uno le suma algún gesto, la frase se convierte en cómica o divertida. Este es el caso. Martín y Daniel aprovechan para recordármela cada día que nos encontramos.

Patricio era un chico de unos veintidós años, muy tranquilo. Me suelo poner a charlar mucho con mis alumnos así que sabía bastante de la historia de él. Padres separados, la madre vivía muy lejos, el padre tenía una nueva pareja con lo cual le había alquilado una casita para que Patricio viviera solo.

Se notaba que él hacía lo que podía. No estaba preparado para el mundo real. Era inocente por demás. No trabajaba, no tenía amigos y para no aburrirse solo en su casa había decidido comenzar a cursar la carrera de tecnicatura en sistemas.

Fue así que los tres mencionados hasta aquí, Patricio, Martín y Daniel se conocieron. Completaron el curso de ingreso a la carrera e hicieron todo el primer año juntos.

Patricio se destacaba por su bondad. Además, era muy educado, sencillo, humilde, de buen corazón, pero si había algo que le faltaba era la capacidad de aprendizaje. Como profesor era todo un desafío lograr que él entendiera cada uno de los temas. Clase tras clase a todos mis alumnos les preguntaba si tenían dudas y en particular me acercaba a él porque sabía lo que le costaba.

Patricio generó varias anécdotas que quedaron en mi memoria. Recuerdo una puntualmente cuando ya habiendo transcurrido unos cuatro o cinco meses de cursada se sucedió lo siguiente: El aula estaba dividido en tres hileras de bancos. La de la izquierda y derecha estaban con unos ocho alumnos cada una, pero en la del medio estaba sentado en el último banco, contra la pared, solo Patricio. Nadie lo había dejado solo o de lado, la realidad es que ese día los compañeros que se sentaban por delante habían faltado. Era invierno y el día era gélido. En total no eran más de veinte en todo el curso.

Explicué como suelo hacer un tema, lo volví a explicar con nuevas palabras tratando de sumar y reforzar los conceptos más importantes. Miré a la clase en su conjunto y les pregunté:

- ¿Alguna duda?

Silencio.

- ¿Se entendió chicos? – Volví a preguntar.

Allí varios en forma masiva respondieron que sí, e instante siguiente miré a Patricio fijamente a los ojos y le pregunté:

- Patri, ¿lo entendiste?

Patricio me miraba y parecía que no reaccionaba. No se movía. El cuerpo tieso, la mirada fija, ni los párpados parecían moverse.

- ¡Patricio! – Le dije con vos más fuerte. – ¿Entendiste?

Patricio se dio vuelta, miró para atrás, (que solo estaba la pared pegada a unos quince centímetros de él), volvió a girar y contestó:

- ¡No sabía que me hablabas a mí!

Fue un estallido de risas entre los pocos presentes ese día. Hasta él se reía como aun no comprendiendo lo que sucedía verdaderamente. Las risas continuaron, traté de calmar la situación y a la clase completa para que no continuaran riendo y que terminase en un tipo de burla desagradable. Ese era Patricio, así era él.

Era normal que cuando algún alumno me preguntaba por ejemplo si “métodos de conversión” entraba en el parcial, yo trataba de hacer silencio en la clase, expresaba para todos la misma respuesta y acto seguido Patricio me preguntaba:

- Fer, en el parcial, ¿entra métodos de conversión?

Ese año Patricio recursó la materia, pero como al año siguiente la carrera no se abrió, el primer día de clases ya en segundo año, en la materia correlativa donde yo también era profesor, me encontré con todos mis alumnos dispuestos a cursar. Entre ellos Patricio.

Antes de comenzar la clase, comenté que los alumnos que habían recursado el año anterior mi materia de primero no podían cursar la de segundo por ser correlativas y que como la carrera no se había vuelto a abrir; ya que eran a ciclo cerrado con lo cual se abrían dos o tres años y luego se abría una nueva carrera; entonces, a esos alumnos que no tenían donde recursar se les iba a implementar un sistema de “tutorías” o

acompañamiento con guías de trabajos prácticos... situación en la que se encontraba Patricio.

Me debo haber tomado fácilmente unos cuarenta minutos para explicar en detalle todo ese tema. Varios me hicieron preguntas diversas respecto al tema o situación que estaba describiendo. Cuando por allá se hizo el silencio. Me dije, bueno, es momento de empezar ahora sí con la clase y se escuchó la palabra de Patricio que dijo:

- Fer. ¿Entonces yo que hago, no puedo cursar?

Y allí fue donde salió, sola, esa frase sin pensar y que al día de hoy Martín y Daniel me recuerdan.

- ¡No recordaba que era tan complicado!

Se cayó el Sistema

(la historia de Samuel)

Fue uno de esos tantos días que uno va a la facultad a cursar, pero no era un día más. Debía cursar Base de Datos, materia de tercer año de la carrera, donde el profesor era Samuel.

Samuel, era esa clase de persona que no importaba bien de que estuviese hablando o con quien, pero siempre era emocionante, un placer escucharlo. Cada vez que hablaba reinaba el silencio. Todos los presentes teníamos oídos solo para escucharlo a él. Seguramente les habrá pasado alguna vez con alguien en sus vidas o con alguna personalidad en la televisión.

Las clases eran muy llevaderas y tenía una forma de ser y de explicar las cosas tan sencillas que daba gusto cursar con él. Muy cordial en su trato, pero muy exigente en lo académico. Recuerdo que con él cursé en segundo año Sistemas Operativos y el día que fui a rendir el final, de treinta y dos alumnos fui el único que aprobó. ¡Como sufrí!

Fue al único profesor en toda la carrera al que le pedí permiso para grabarle sus clases. Me había conseguido uno de esos walkmans grabadores que utilizaban los periodistas deportivos en ese entonces y compraba los packs de casetes de noventa minutos. Lo ponía en su pupitre y grababa mientras atentamente atendía sus clases. En la semana mientras iba camino al trabajo o la facultad caminando o en micro, reproducía esas grabaciones. Así estudiaba. Así estudié para las dos materias de Samuel.

En la UTN, uno como alumno podía elegir en qué comisión y con qué profesor anotarse, y era muy evidente ver como en las que estaba Samuel nunca superábamos los cuarenta alumnos, mientras que en las otras comisiones de la misma materia había más de cien. Con Samuel cursábamos los que queríamos aprender.

Samuel era una persona muy tranquila, sensata, de unos cincuenta y cinco años. Algo excedido en peso, petiso y con barba muy larga. Era judío, y como tal y con tan buen carácter, que él era el primero en deslizar chistes, cargadas y anécdotas con respecto a su religión. Para que se den una idea era muy parecido, casi un gemelo diría yo a Jorge Moldavsky.

Comenzó la cursada. Como era habitual todos llegábamos antes del inicio. Por respeto a él y por no perdernos nada que su contenido. En la clase no volaba ni una mosca. No había moscas. No las dejábamos ingresar para que nos dejen escuchar atentamente a Samuel. Él recorría de lado a lado el aula mientras explicaba todos los temas. Era normal que hiciese eso. De vez en cuando se acercaba al pizarrón, dibujada o anotaba algo, para luego volver a caminar el aula de punta a punta. Ese día recuerdo que levanté mi mano, me observó y esperó a terminar de explayarse en lo que estaba explicando para luego si dirigirme la mirada y decirme:

- Dígame Buscaglia. ¿Cuál es su pregunta?

Realicé la misma e instante seguido Samuel se tomó su tiempo, pensó, se dirigió a su pupitre, se sentó en su borde y cuando se disponía a comenzar a contestar... ¡BUM! Al diablo el pupitre, Samuel cayó de espaldas pesadamente. Todos nos levantamos asustados, asombrados, pero a la vez en silencio por el respeto que le teníamos porque a ninguno de nosotros

se nos iba a ocurrir disparar una risa o una carcajada frente a él y mucho menos cuando aún yacía en el piso boca arriba.

Poco a poco se fue incorporado. Mientras lo hacía, sacudía con su mano derecha todo su brazo izquierdo, como limpiando su pullover escote en V. Nosotros atónitos. Nadie se animaba ni a darle una mano ni a reír. Fue allí cuando una vez incorporado salió su humor que lo caracterizaba y dijo en voz alta:

- ¡Se cayó el sistema!

Fue el detonante para que los cuarenta presentes largáramos a reír a carcajadas durante un largo rato.

Vení, te invito un café

(la historia de Braulio)

Ésta, es una de esas historias que uno prefiere no contar o mejor dicho aun, que prefiere que nunca hubiese sucedido. Son esos momentos o situaciones no del todo gratas, pero que al fin y al cabo lo construyen a uno como profesor y donde me fue más difícil lograr esa relación personal, casi de amistad que intento para con cada uno de mis alumnos año tras año.

De entrada, me di cuenta que Braulio era una de esas personas conflictivas, de esas que permanentemente está al “salto por un bizcocho” como se dice en la jerga cotidiana. Se notaba que sus compañeros le tenían miedo y con el correr del tiempo me di cuenta que muchos profesores también, aunque lo negasen, pero lo aprobaban en sus parciales y finales por miedo a represalias o simplemente para no volver a tenerlo el año próximo.

Promediábamos la mitad de la cursada cuando en medio de una clase incurrió con una de esas tantas preguntas incoherentes que solía hacer:

- ¿Por qué decís que F3 es el número 243? ¿Estás jugando a la batalla naval y no me enteré? – La pregunta fue en un tono fuerte, tratando de imponer él su forma, donde toda la clase escuchaba en silencio absoluto
- Braulio, F3 en hexadecimal equivale al número 243 en decimal ya que hicimos la conversión por el método de Ruffini
- ¿Y quién carajo es Ruffini? – Liberó, llevando a un mayor nivel de prepotencia su pregunta.

En ese instante la cosa cambió. A mí, por las buenas, hablando de buen modo, con respeto me podés sacar lo que necesites. Mis alumnos lo saben, que no tengo drama en las faltas, que nadie quedará libre en mis materias y que con “la verdad” soy y seré siempre muy comprensivo, pero cuando me mienten o me hablan de mal modo, me transformo y sacan lo peor de mí, con lo cual le respondí:

- Braulio, si vos hubieses venido la semana pasada y la anterior, sabrías quien es Ruffini. – Respondí en forma cortante. – Y no solo eso, sino que sabrías que F3 no significa que estoy jugando a la batalla naval con mis alumnos, sino que es un número Hexadecimal. Y como dicho tema ya lo comenzamos hace dos semanas y vos NO estuviste presente en estas clases, te pido por favor que recurras a los apuntes que di, precisamente unidades dos y tres del libro de Tenenbaum donde se encuentra todo este tema. – Conciso, cortante, pero con respeto.

Se hizo un silencio por algunos breves segundos. Dirigí la mirada hacia abajo, respiré, para luego mirar a todos mis alumnos. Ellos estaban atónitos. Las caras y sus miradas lo decían todo.

- Vos estás acá para explicarme cuando yo quiero. – Exacerbó Braulio. – Para eso te pagan, para que me expliques.
- Mira Braulio, ante todo te pido que me hables con respeto, porque yo a vos te estoy respetando.
- Pero no me estás contestando lo que te pregunté. ¡Explicame!, para eso te pagan. – Terminó diciendo.
- No Braulio. No puedo ponerme en este momento de la clase a explicar lo que di hace una semana y lo que di

hace quince días porque vos no viniste. Te pido que leas las unidades del libro que te dije y en todo caso, si no llegas a comprenderlo, la semana que viene en un recreo o en unos minutos de la clase lo vemos detenidamente.

- ¡Basta, cortala! ¡No me hables más porque te voy a cagar a trompadas! – Dijo con vos fuerte y continuó diciendo – ¿Sabés que pasa? Acá son todos cagones, nadie se anima a decirte que no entienden una mierda, mirale las caras a todos.

Miré a la clase completa y por allá al fondo veo que levanta la mano Diego.

- Si Diego, ¿Qué pasa?
- Fer, quiero decirte que lo que este pibe te está diciendo, lo dice por él, no por mí. Y como si esto fuera poco, no solo veo que te está agrediendo a vos, sino a mí y mis compañeros, con lo cual quiero dejar en claro que Braulio NO me representa en lo absoluto. – El aire se cortaba con una navaja. – Y no obstante esto, te pido permiso para retirarme de la clase, porque como cosa mía ya mismo me voy a hablar con la directora del instituto para que quede bien en claro lo que pasó antes de que se arme puterío barato como suele pasar. ¡Te defiende a muerte Fer! – Terminó diciendo Diego y se retiró de la clase.

Ya eran las 21:55, la clase estaba en su final y de a poco los alumnos comenzaron a retirarse lentamente. Tomé mi maletín, los libros, temario y me retiré. No puedo negar que en el largo pasillo que separaba el aula hasta la calle mi mente no dejaba de decir: “Espero que el auto esté sano y que no me esté esperando a la salida”.

Me subí al auto y de regreso a mi casa comencé a tomar conciencia de lo que había pasado. Allí por primera vez me sentía nervioso, porque jamás me había ocurrido algo similar. Hasta recuerdo que en pleno viaje me llamó la directora.

- ¡Fer! ¿Dónde estás?
- Hola Carmen ¿cómo te va? Estoy de regreso a casa, ¿por?
- Me acabo de enterar lo sucedido. Diego vino a hablar conmigo. Volvete y hablamos.
- No Carmen, gracias. Despreocupate, la semana que viene hablamos. Besos. – Traté de no hacerle notar mi estado de ánimo.

Esa noche no dormí. No podía sacar de mi mente lo ocurrido. Había sido muy fuerte lo que paso en esa aula y por varios días me sentí en modo alerta, tenso, preocupado.

A la semana siguiente en la misma cursada y con los mismos alumnos estaba expectante, pero Braulio no vino a clases, con lo cual nuestro próximo encuentro fue recién a los quince días.

Llegué al instituto, caminé el pasillo hasta el aula y metros antes de ingresar nos cruzamos. Iba con la mirada baja. Giré y me dirigí a él diciéndole:

- Braulio, faltan diez minutos para empezar la clase. ¿Tenés unos minutos? Vení, te invito un café.

Recuerdo que me miró de forma muy rara, extrañado de tal propuesta seguramente, pero en silencio y sin mediar palabra me dio a entender que aceptaba la propuesta. Fuimos al buffet, compré dos cafés, nos sentamos alejados del resto de los alumnos y ya más tranquilos y distendidos le dije:

- Soy de esa clase de personas que entiende que los problemas se solucionan hablando y no cagándose a trompadas. Es evidente que tu forma de manejarte en la vida es muy distinta a la mía; y como tenemos que seguir relacionándonos por mucho tiempo más, te propongo que lo hagamos a mi manera, ya que es algo más civilizada y no estaría bueno que haya confrontaciones en todas las clases, ¿Qué te parece? – Le pregunté casi sin darle respiro y dejándolo sin palabras.
- Si, te pido perdón. Me calenté la última clase y me fui al carajo. Lo que pasa es que los demás...
- Los demás dejá que hablen por sí solos. – Lo interrumpí.
– Ya son grandes, son adultos y si tienen algo que decir lo dirán, vos hablá por vos.

Hizo silencio unos instantes y acto seguido sacó su billetera diciéndome:

- No traje dinero.
- Despreocupate Braulio. Yo invité.

Ese día fue un antes y un después. Obviamente no voy a decir que luego de esa pequeña charla terminamos siendo amigos, pero sí que ese no fue nuestro único café. Cada vez que la situación lo ameritaba, que la cosa se ponía complicada era la forma que encontraba para llegar a él en forma civilizada.

Tal es así que todas mis materias las recursó por diversos motivos, todos académicos, y algunas de ellas más de una vez. Siguió teniendo problemas con todos los demás profesores, una y otra vez. En medio de una de las cursadas incluso recuerdo que estuvo ausente durante una semana completa y posteriormente me enteré que había estado privado de su

libertad por motivos que no vienen al caso. Braulio era una persona complicada. Pero cada vez que lo tuve que enfrentar lo hice con respeto, como se debía hacer y sin importar mucho las consecuencias tomaba mis decisiones, que obviamente no eran las que él esperaba.

Recuerdo como si fuera hoy la última vez que recursó teleinformática. Venía de una muy mala cursada, parciales desaprobados y promediábamos el mes de septiembre cuando le digo como al pasar:

- Recordá Braulio que hoy es la fecha tope de entrega del trabajo práctico final que di al comenzar el año. – Tiré como al pasar, sabiendo que no lo había hecho. – Seguramente lo debes tener listo para entregar, no olvides traerlo.

Revoleó los ojos para todos lados como tratando de recordar o de ver qué respuesta darme en el momento.

- Si Fer. ¿Hasta qué hora estás? En un rato te lo alcanzo.
- Hasta las 22:00. Dale, te espero.

Serían las 21:15 cuando golpeó la puerta del aula donde me encontraba dando clases, al verlo, salí dos minutos y mientras abría la puerta tenía la incógnita de ¿Con que me encontraría? ¿Qué sería de ese trabajo que recibiría en mano segundos después?

- ¡Fer! Te dejo el TP, bien calentito, recién salido del horno. – fueron sus palabras y se fue.

Y así era, tal cual lo dijo. Las hojas estaban calientes. El tp no era tal más que un montón de hojas sueltas tibias, recién salidas de la impresora láser. Sin carátula, sin bibliografía, sin todo aquello que resulta de un trabajo de investigación con cinco meses de elaboración.

Al día siguiente se me ocurrió escribir la primera línea del supuesto tp en google. Encontré lo evidente, lo que necesitaba para tener el justificativo exacto para decirle que nuevamente debería recursar. Era un “copy y paste” de Wikipedia en su ciento por ciento. De la primera a la última hoja. Demoré una semana en hablar con él. Fue a solas, esta vez sin café de por medio, pero sí con la decisión tomada como cada vez que lo enfrentaba. Nos volvimos a ver al año siguiente, mientras el resto de mis colegas lo aprobaban con notas exageradas. Tardó algo así como siete años en terminar una carrera de tres. Fue por las tantas veces que recursaba mis materias.

Hoy Braulio es profesor. Se recibió y comenzó a dar clases porque el “sistema” lo permite. Tema aparte del cual no es momento de hablar y opinar.

La capacitación docente

(Eternamente Gracias Laura)

Éste fue un capítulo más en mi vida, uno que iba en contra de mi decisión y que costó muchísimo esfuerzo, pero que terminó siendo hasta placentero.

Luego de varios años de dar clases como profesor en materias específicas de las tecnicaturas de sistemas, me encuentro ante la imposición, de buena manera y con buenos modales que se entienda, por parte de Carmen quien era en ese momento la directora:

- Fer, la semana que viene comenzás a cursar la capacitación docente. – soltó Carmen ni bien me vio entrar al instituto ese martes de marzo.
- ¿Qué Carmen? No entiendo – contesté.
- El tema es así, mira. A partir del año que viene todos aquellos profesionales no podrán seguir dando clases si no tienen la capacitación docente. – Afirmó con énfasis y terminó diciendo. – Y este instituto, mientras yo esté a cargo, ¡no puede darse el lujo de perder a semejante profesor!
- Te agradezco por las palabras Carmen, pero ¿estoy obligado a hacerlo?
- Si Fer, todos aquellos profesores que estén en actividad y que tengan título terciario y/o universitario deberán hacerlo. – Afirmó a su modo. – ¡Comenzás el lunes!

Así, de esa manera tan brusca me enteré que obligadamente debía comenzar a cursar la capacitación docente si mi intención era seguir con este “vicio” sano de dar

clases. La verdad, iba totalmente en contra de mi decisión, pero con el correr de las horas me fui enterando y palpando un poco más en saber de qué se trataba o con que me enfrentaría la semana próxima. Si bien siempre fue en contra de mi voluntad cursar dicha capacitación y tal es que al día de hoy sigo creyendo que es muy poco o casi nada lo que saco como provechoso de ella, me cambio la cara al enterarme ese mismo día que tendría unos compañeros entrañables.

- ¡¡Laura!?! - casi eufóricamente grité cuando me enteré por Gabriel que tanto él como mi adorable ex alumna seríamos compañeros.
- No te puedo creer Gabi, ¿a vos también te obligaron? - le pregunté sabiendo su respuesta.
- ¡Ni me lo digas! - dijo Gabi con tono muy enojado - Como si a uno le sobrara el tiempo.

De regreso a casa recuerdo una mezcla de sensaciones. Enojo, furia, desazón, pero también debo reconocerlo que, mezclado ahí, entre todos esos sentimientos desagradables estaba la alegría. Sí, alegría, porque iba a tener a Laura de compañera y eso ya era motivo suficiente para estar alegre. Y más aún cuando también estarían María que había sido otra excelente alumna y compañera de banco de Laura y obviamente Gabriel que era un colega tanto en lo profesional como en lo académico con quien tenía una estrecha relación afectuosa.

Por suerte la cursada era bastante accesible en cuanto a días y horarios. Era una semana intensiva cada dos meses. Cuatro semanas al año durante dos años. Eso sí, cuando nos tocaba cursar era de lunes a viernes de 13:00 a 22:00 hs. Demoledor.

Debo reconocer que más de una vez me he preguntado ¿Qué hago yo acá? Ya que pasaban las horas, los días, las materias y nunca me había pasado de estar tan, pero tan desorientado. Las profes hablaban y nombraban títulos, apellidos y para personas como Gabriel o yo que veníamos de la rama informática fue extremadamente difícil ponernos a tiro de todo ese nuevo mundo. Pedagogía, Teorías sociopolíticas, Psicología, Didáctica, Filosofía, Metodología, y varias más que no recuerdo ni el nombre. Llegó el día donde comencé a reír internamente porque realmente, créanme, nunca me había sentido tan desorientado, hasta ignorante les diría por tanta cantidad de información. Información que mi mente no quería retener y que nunca retuvo.

Se hacia bastante pesada cada semana de cursada, pero gracias al grupo que habíamos armado nos permitía que cada materia sea más llevadera y entendible. No hubiera sido sencillo ni posible sin el grupo humano que habíamos logrado entablar. Reinaba entre nosotros el respeto, inteligencia, dedicación, comicidad, complicidad y afectuosidad. Nos dividíamos los trabajos inter-encuentro por materias para poder ir estudiando y avanzando.

Lo cómico, si se quiere decir, fue cuando llegamos a las instancias de finales en diciembre y nos teníamos que preparar para rendir. Apuntes y más apuntes y libros y fotocopias de temas que mi mente y mi atención no estaban dispuestas a querer interpretar y entender. No solo la mía, sino la de Gabriel y María también. Eternamente agradecidos a Laura estaremos ya que era ella quien ponía la sensatez, la voluntad y coordinación para hacernos estudiar eso, que se parecía a un corcho de champagne queriendo entrar en su botella nuevamente.

Cada vez que nos reuníamos a estudiar, nos la pasábamos riendo y riendo de situaciones vividas en la cursada y de nosotros mismos por ver como nos resultaba imposible comprender los contenidos. Cuando hablo de nosotros excluyo a Laura, obviamente. Fue grandioso ver cómo en tan poco tiempo había pasado de ser mi alumna a mi heroína.

Veníamos a los ponchazos estudiando cuando a Gabriel y a mí se nos ocurrieron dos muy buenas ideas. Teníamos que hacer como buenos informáticos, que ganásemos en la forma de exponer y en la sincronicidad de los tiempos y de los temas

- Chicos, ¿y si hacemos algo que nos permita rendir todos los finales con un mismo itinerario? ¡Total, todas las materias hablan de los mismo! – Dijo Gabriel al ritmo de soltar una carcajada.
- ¡Genial! – Solté casi de inmediato. – Puedo hacer un sitio web que impacte estéticamente y nos permita ir teniendo por materia o menú todos los gráficos, punteos y trabajos prácticos y nos sirva como “ayuda memoria”
- Ja ja ja. Brillante chicos, pero igual habría que estudiar. – comentó María. – ¿O piensan rendir con solo eso?
- ¡No! Leemos todo, pero cada uno estudia una parte, como si fuera una obra de teatro. – Dijo Gabriel, al modo que continuó diciendo. – Les ponemos un orden a los temas, por ejemplo: Empiezo yo con la primera parte y luego sigue Fer, María y Laura en ese orden. Y así seguimos.
- Gabi, ¿no estás exagerando un poco? – Interrumpió María
- ¿Y cómo sabemos cuándo a uno le toca comenzar a explicar? – Pregunté
- Simple. – Dijo Gabi. – Cada uno además de estudiar el tema que le corresponde y de saber el orden que tenemos, nos aprendemos el último párrafo o frase que dice el anterior.

- ¡Ahora sí! Ya tenemos la obra de teatro armada -
Terminé diciendo.

Todos comenzamos a reír y reír sin parar. Hasta Laura, que creo que reía porque no podía entender lo que se había gestado frente a sus ojos y su moral. Ella no había emitido opinión al respecto, pero aceptó de inmediato. Todos sabíamos que Laura sería nuestro “comodín” ante algún olvido o desliz en un final.

Ya teníamos todo aceitado y marchando sobre ruedas. Cada uno estudió lo que le correspondía del libreto con lo cual ahora las juntadas no eran a estudiar, sino a ensayar. Éramos cuatro actores y de los buenos. Se había gestado una obra magnífica, a tal punto que llegamos a grabar la exposición completa de aquel Best Seller para poder escucharnos y ver si realmente era creíble y contundente.

¡Y pucha si lo fue! Los diálogos eran tan fluidos que parecíamos Brandoni, Martinez, Mundstock y Borges en “El cuento de las comadrejas”.

La etapa de finales pasó y se llevó a cabo tal como había sido planeada. No hubo ningún tipo de imprevistos. Confiábamos mucho en nosotros como grupo, actoral que se entienda, y en Laura que era la directora de la obra, porque sin ella hubiera sido imposible realizarla. ¡Eternamente Gracias Laura!

La capacitación docente,

capítulo II

(Ser profe de los profes)

Uno no debe arrepentirse de situaciones vividas o decisiones tomadas, sino que más bien creo que debe aprender de las cosas buenas y malas que en ellas pasaron.

Y ser profesor de profesores fue otro de los tantos desafíos que la vida me propuso, o Carmen la directora, ya no lo recuerdo. Como sea, me encontré ante la disyuntiva de enfrentar o no semejante reto. Y como a mí me gustan los desafíos y me aburre la monotonía decidí hacerme cargo. Lo dudé bastante, lo reconozco.

Educación, Ciencia y Tecnología. Esa era la materia que tenía que dictar. La idea era como hacer que los profesores educaran a sus alumnos implementando la ciencia y la tecnología, haciendo uso y no abuso de ellas.

Lo difícil no era dictar la materia o sus contenidos, sino que debía instruir herramientas y calificar a profesores, colegas y profesionales, casi todos mayores que yo en edad y que eran mis pares y hasta con algunos de ellos compartíamos rondas de mates o cenas.

Fue muy complejo en un comienzo. Por un lado, me costó mucho lograr que mis nuevos alumnos me trataran en clase de la forma o con el respeto que merecía la situación y por otro lado que vieran que deberían trabajar, estudiar y llevar a la práctica con sus alumnos todos los contenidos compartidos en

nuestra clase y que no aprobarían mi materia como un simple trámite, sino todo lo contrario, que deberían esforzarse y mucho para lograr el objetivo.

Recuerdo que en una clase yo intentaba persuadirlos para que ellos le buscaran la manera, la forma, de implementar la ciencia y la tecnología a sus clases, en cada una de sus materias ya que ellos eran profesores educados y arraigados al siglo XX y sus alumnos eran nativos digitales del siglo XXI, cuando de repente saltó Sergio diciendo:

- Todo muy bonito lo que decís, ¿pero sabés qué? No pienso ponerme a pensar o estudiar en mi casa como hacer una nueva clase para mis alumnos cuando a mí eso no me lo pagan. – Y terminó acotando. – El Estado no me paga horas extras y lo que menos necesito es que un “borrego” como vos me dé un consejo de cómo hacerlo.

Se hizo el silencio. De mi parte por lo menos porque no podía creer lo que acababa de escuchar. Me tomé unos segundos para pensar mi respuesta. Me corrijo, mi respuesta estaba pensada, lo que no tenía eran las palabras correctas para expresarla en forma civilizada.

- Mirá Sergio. No soy yo para decirte lo que tenés que hacer. Sos un hombre de más de cincuenta años y como decía mi abuelo... – Recordé en ese instante la frase y la cité – *“Yo consejos no doy porque a los vivos no les hace falta y los boludos no te hacen caso”*, pero me parece, es sólo mi humilde opinión que deberías rever tu mirada.

Nuevamente reinó el silencio. Esta vez fue esperando que algún otro de los presentes interviniese en la discusión presentada. Por suerte se dio. Terminó siendo un debate muy constructivo. Pero lo más importante había sucedido. Algo mágico había ocurrido, al menos para mí. Luego de ese simple

cambio de palabras, luego de esa respuesta y de esos silencios que se dieron casi sin pensar, mis alumnos, esos alumnos profesores, profesionales y mayores en edad que yo, habían comenzado a respetar el espacio, la materia y a cambiar la mirada de enfocarse en ella. Objetivo cumplido.

Me parece que esto no tengo que rendir

(la historia de Adrián)

Conocí a Adrián en el curso de ingreso a la carrera de sistemas por el año 2012. Yo era el encargado de coordinar las “acciones de acceso”, así lo llamaban específicamente y ese día estaba asignado como profesor para dar una clase introductora y niveladora de TICs.

Era un grupo bastante numeroso, apretados en un aula diminuta para la ocasión. Me presenté, comencé una breve charla amena e inmediatamente para ir cortando el hielo y tomando confianza les pedí a cada uno de los presentes lo siguiente:

- Chicos, quiero que cada uno de ustedes se presente con su nombre y apellido, el motivo por el cual eligieron esta carrera y si tienen notebook o netbook para trabajar en clase.

Al mismo tiempo comencé a pasarles una hoja donde les pedía los mismos datos, ya que lo necesitaba por el bien de mi memoria, solicitándoles además que escribieran su email y que hicieran la primera pregunta que se les venía a la mente.

Uno a uno se fueron presentando hasta que llegó el turno de Adrián.

- Adrián. – Silencio.
- ¿Adrián qué?
- Adrián.

- Ok Adrián. Contame, ¿Por qué elegiste esta carrera?

Sin decir ni una palabra más, con sólo ver como sus labios se inclinaban hacia abajo al ritmo de que los hombros se levantaban casi escondiendo completamente su cuello, no había que ser muy inteligente para darse cuenta que Adrián o bien no quería hablar o no tenía idea que decir.

Uno sin querer con una simple mirada u observación prejuzga a las personas. Normalmente ese juicio que hacemos internamente de los demás creemos que nunca está equivocado. Ahora bien, la situación que se había presentado con Adrián sumándole su aspecto desaliñado hasta sucio en un aspecto ayudaron a mi mente a identificar rápidamente a Adrián y a juzgarlo prematuramente. Aunque debo decir que me había generado una enorme duda. ¿Era de esas personas introvertidas e inteligentes a la vez, pero con aspecto desprolijo o era simplemente un alumno que estaba frente a mí sin siquiera saber en qué carrera se había anotado?

Pasaron casi veinte días hasta que volví a reunirme con el grupo. Esta vez ya si para dar comienzo al ciclo lectivo de la materia. Me llamaron la atención dos cosas ese día: habían quedado la mitad de los alumnos y Adrián no estaba.

Paso todo un año. En marzo del 2013 nuevamente me presento ante los futuros aspirantes a analistas de sistemas en las acciones de acceso. Esta vez eran menos, ya no estaban acinados como el año anterior. Ingresé, saludé, me dediqué a observar antes de comenzar a hablar y ahí lo volví a ver. Ahí estaba Adrián, luego de un año, sentado en el mismo lugar, con la misma campera de jean y pantalón de jogging. Los pelos volados al viento, tal como lo había visto por última vez. Parecía un “dèjà vu”.

A diferencia del año anterior, esta vez llegó al inicio de las cursadas. De hecho, no faltaba casi nunca y todos los días su aspecto era el mismo.

No traía mochila, ni notebook, ni hojas donde anotar, ni lápiz para tomar apuntes. Solo venía él con su campera de jean. No molestaba, parecía escuchar todas las clases, hasta diría que casi no le conocía la voz. Cuando debía pasar lista, él levantaba su mano. Cada día que pasaba yo estaba más confundido. ¿Qué pasaba por Adrián?

Habían pasado por los menos dos meses de cursada cuando en medio de una clase deslizo una de esas preguntas donde los alumnos deben parar, recapitular y pensar antes de contestar.

- ¿Por qué al sumar estos dos números binarios signados con bit de signo el resultado no nos da lo esperado?
- Porque el formato no lo permite. Y además hay que complementar el resultado.

¡Guau! Adrián había hablado por primera vez. Y no solo había hablado, sino que había respondido inmediatamente una pregunta que los treinta presentes aún seguían intentando entender.

Me quedé sin palabras. La respuesta era perfecta. Intuía que ninguno sería capaz de contestarla, al menos no en tan poco tiempo.

- ¡Excelente respuesta Adrián! – Enfaticé. – ¿Podrías pasar al pizarrón y hacer el ejercicio?
- Bueno, sí, no sé... – Murmuró al ritmo que se levantaba de la silla.
- Por favor, así tus compañeros entienden lo que fuiste capaz de responder.

Tenía esas cosas. Por momentos lo encontrabas totalmente desconectado de la materia y del mundo en general y por momentos tenía flashes donde tenía la capacidad de responder preguntas con un nivel de comprensión que solo Adrián tenía en esa comisión.

Ese año no recuerdo exactamente cómo, pero si recuerdo que Adrián aprobó las cursadas de Arquitectura de Computadoras e Introducción a los Sistemas de Información de primer año, con lo cual lo volví a ver nuevamente al año siguiente en la materia correlativa: Sistemas Operativos.

Fue en agosto de ese año cuando Adrián se presenta a rendir un final. Ese día se conjugaron varias cosas. Mi memoria que no me ayuda... bueno, no me ayudó ni ese día ni el anterior ni el siguiente... además se dio que por salir apurado de casa había olvidado la notebook, donde tengo todas las planillas de Excel con el historial de notas de mis alumnos. Solo había llevado los finales impresos. Y como si todo esto fuera poco, las preceptoras habían olvidado anotar a Adrián en el acta de examen. Con lo cual veo que a medida que voy ingresando al aula él me acompaña por detrás.

- ¿Venís a rendir conmigo Adrián?
- Si.
- Ok, porque no te veo anotado en ninguna de las dos materias. ¿Cuál venís a rendir? – No tenía mi machete, buscaba y buscaba en los recuerdos de mi mente y no encontraba nada como para ver si Adrián ya se había presentado alguna vez en algún final conmigo.
- Creooo... que arquitectura.
- ¿Cómo creo? ¿No sabes que venís a rendir?
- No me acuerdo como se llama. – Respondió casi de inmediato.

Comencé a sonreír. Pablo, que estaba al lado mío y que era el profesor que estaba ese día en la mesa como acompañante le pregunto:

- ¿Pero no sabés ni siquiera como se llaman los temas que estudiaste? – No solo era yo el que comenzaba a tentarse con la situación.
- ¿Trajiste la libreta? – Me dije, eso nos va a ayudar.
- No.
- Hagamos una cosa Adrián. Sentate ahí. Te doy la hojita del final de Arquitectura, la parte práctica y decime si es esa la materia que venís a rendir o no. ¿Te parece?
- Bueno

Se sentó, le di el final, esperé unos cinco minutos para luego preguntarle.

- ¿Entendés? ¿Te suenan conocidos esos temas? ¿Eso estudiaste?
- Si, ya lo estoy haciendo.
- Ok, perfecto. Tenés hasta las 19:30 para desarrollar.

Acto seguido me puse a charlar con Pablo ya que él no tenía alumnos inscriptos y de los míos el único presente era Adrián.

Habrán pasado unos cuarenta o cuarenta y cinco minutos cuando veo que Adrián se para, se dirige hacia mí con la hoja en mano y me dice.

- Mmm... me parece que esto no tengo que rendir yo hoy.
- ¿Cómo que te parece? ¿Recién ahora?
- Mmm... no... nono. En realidad, me confundí de día. Es mañana la materia que tengo que venir a rendir.

Fue inevitable que largásemos a reír. Pablo no entendía lo que estaba pasando, porque era difícil de entender, aunque no

en el mundo de Adrián. Ese tipo de situaciones eran normales en su vida.

Había estado cuarenta y cinco minutos desarrollando un final que no debía ni siquiera haber empezado.

- ¿Estás seguro Adrián?
- Si. Lo que tengo que rendir es mañana. - Volvió a afirmar
- Ok, listo. Hagamos de cuenta que nunca nos vimos hoy. Pero déjame preguntarte algo, se me genera una gran duda. Mañana ¿Qué tenés pensado venir a rendir?
- Mmm... creo que... Seguridad. - Sonrió fugazmente y se fue.

Con Pablo nos quedamos muy tentados y desconcertados por la situación que acabábamos de vivenciar. De todas maneras, decidí llevarme el final resuelto por Adrián para ver luego con tiempo que había tratado de hacer.

Al día siguiente, en casa ya más tranquilo, chequeo en mis planillas digitales y compruebo que ese final de esa materia, Adrián ya lo había rendido y aprobado en diciembre pasado y con un seis. Aproveché para corregir lo resuelto el día anterior y vaya sorpresa... era para ponerle un ocho...

Adrián había podido aprobar dos veces, y la segunda sin siquiera haber estudiado, lo que a muchos les cuesta rendirla en tres o cuatro instancias. Así era Adrián.

El standapero

(la historia de Federico)

Cuando comencé a escribir esta historia, sabía de antemano que me resultaría muy difícil poder describirla con lujo de detalles. Mi memoria no suele colaborar cuando de recordar se trata, y menos aun cuando a quien tengo que describir es a una persona o “personaje” (en el buen sentido de la palabra), que resultaría casi indescriptible para cualquier persona ya que Federico; “Fede” para los más íntimos, es especial.

Federico es de esas personas que están siempre de buen humor, con una sonrisa en la cara y con el chiste a flor de piel. Sobre lo que se esté hablando; él, tiene un cierre perfecto para la ocasión. De primero a tercer año lo tuve cursando en cinco materias más. Cada semana, cada mes, cada año que pasaba, al haber más confianza entre nosotros y con sus compañeros, las “salidas”, los “chistes” eran más continuos y de mejor calidad. Parecía que se esforzaba día a día para mejorar, pero la realidad es que le salía de forma totalmente natural, y eso a veces, solo a veces, me daba envidia y de la sana.

Nunca una mala palabra, nunca un comentario desubicado, nunca una palabra de más. No lo hubiese permitido, pero no hizo falta. Fede era y es una persona muy educada.

Al poco tiempo de conocernos comenzó a expresar verdaderamente su forma de ser y hacerse notar, de buen modo entre sus pares. De entrada, le dije que debía dedicarse a eso.

- Fede, ¿nunca pensaste en hacer Stand-up?
- ¡No Fer! Con esta cara ni mi vieja me haría el favor de ir a verme.

Así era siempre, día a día, clase tras clase. Fede lograba que todas las clases se hicieran aún más distendidas.

Pasaron los años, las materias, los compañeros y el sello de Fede estaba siempre intacto. Para cada ocasión siempre tenía la salida inesperada y graciosa. A tal punto que todos ya sabíamos que luego de explicar un tema, hacer un comentario o al terminar un debate, venía el chiste de Fede que era el cierre perfecto.

Recuerdo aquel día que Fede vino a rendir por primera vez el final de sistemas operativos. Nos saludamos, intercambiamos algunas palabras hasta que le entregué su hoja y di comienzo al final. Esperé unos instantes a que lea e interprete y le dije:

- Fede, ¿alguna duda?
- ¡Si Fer, solía pensar que soy indeciso, pero ahora no estoy seguro! - Y sin dejar el tiempo suficiente como para que yo comenzara a reír, acotó - Es que... ¡no puedo, la inteligencia me persigue, pero yo soy más rápido!

No puedo negar que la carrera le costó y mucho. Pero, así como era de gracioso, era de perseverante. Sus dos grandes virtudes.

Una vez en medio de una clase tratábamos de desarrollar un ejercicio en el pizarrón y pedí un voluntario. Ahí estaba Fede, como un buen soldado ofreciéndose de inmediato para la batalla.

Comenzó con el desarrollo del mismo hasta que en un determinado momento se empezó a escuchar un murmullo y varios compañeros comenzaron a reír

- ¿De qué se ríen? - Dijo Fede - Miren que es mejor callar y parecer un tonto que hablar y despejar las dudas. - (Risas).
- No Fede, te equivocaste en la suma en binario. $15 + 7$ no da 23 - Acotó Miguel.
- Es que hay tres clases de personas: los que saben contar y los que no. - (Risas, risas y más risas).

Borró, continuó con el ejercicio y mientras todos seguíamos tentados por la situación y sus salidas permanentes terminó expresando:

- Tiene razón mi mujer, ¡ven, no soy un completo inútil, al menos sirvo de mal ejemplo!

Y mientras finalizaba el ejercicio, mirando hacia el pizarrón acotó:

- No sé si sabían, pero mi mujer y yo fuimos felices durante veinte años. ¡Luego nos conocimos!

En varias ocasiones le volví a recalcar que debía dedicarse al stand up, que no desaprovechara ese don que le habían otorgado, porque además lo sabía complementar a la perfección con su lenguaje gesticular. Tanto le insistí que comenzó a creer que se lo estaba diciendo de verdad. Pero no pude lograr que se soltara. Fede era remisero, trabajaba horas y horas arriba de un auto haciendo viajes de aquí para allá. Era muy raro que se perdiera una clase mía y yo esperaba con ansias que él siempre viniera.

Luego de tres años de cursadas, decenas de veces que nos encontramos en mesas de finales, algunas airosas y otras no tanto, llegó el día en que se presentó a rendir su última materia y como no podía ser un detalle menor, acomodó todo como para que esa materia sea la mía. Su cara de susto ya me decía lo que venía. Al verlo me di cuenta que ese día Fede pretendía recibirse. No era el de siempre, estaba callado, se lo veía asustado, tembloroso, reprimido. Era el único inscripto aquella tarde de diciembre. No sé porque, pero en ese instante opté por la evaluación oral. Quería escucharlo, quería que aflojara las tensiones, quería que fuese él.

Luego de varias preguntas, de recorrer la materia de lado a lado y de haberse dado una charla entre “profesionales” en la materia, suspiré, dejé pasar unos segundos en silencio, lo miré fijamente a los ojos, dejé mi lapicera sobre la notebook, me levanté y le dije:

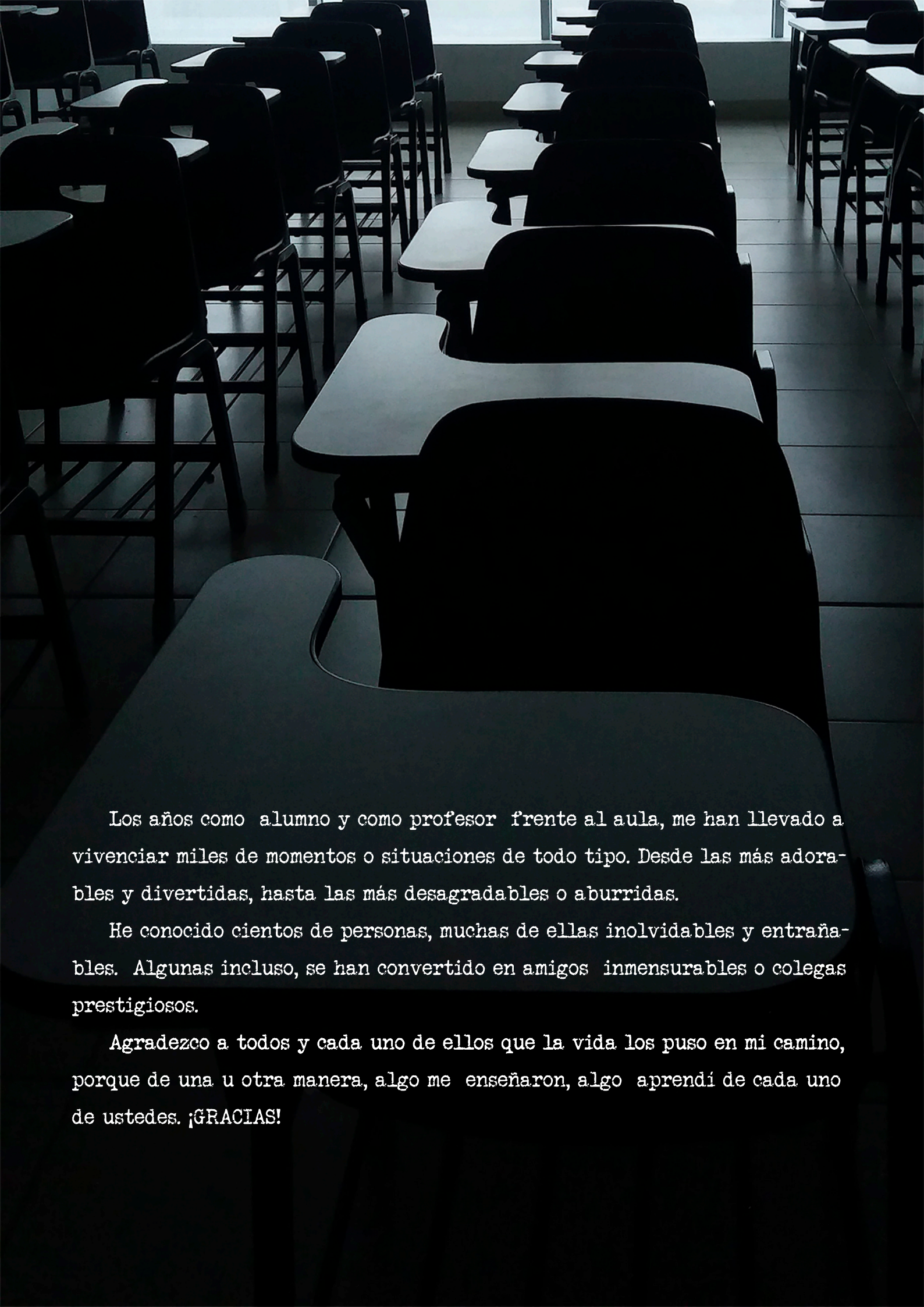
- ¡Felicitaciones Fede, ahora si vas a tener tiempo para dedicarte al stand up!

Nos estrechamos en un fuerte abrazo. Vi como se le escapaba algún lagrimón y al mismo ritmo que comenzaba a respirar normalmente y guardaba sus cosas en su mochila me dijo:

- ¡Ahora SI! Ahora que me recibí hay dos palabras que me abrirán muchas puertas: Tire y Empuje.

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------------------|----|
| El desalojo..... | 04 |
| Cero, sí cero..... | 07 |
| Perdón, te puse un nueve..... | 13 |
| No recordaba que era tan complicado..... | 21 |
| Se cayó el sistema..... | 25 |
| Vení, te invito un café..... | 28 |
| La capacitación docente..... | 35 |
| La capacitación docente, capítulo II..... | 40 |
| Me parece que esto no tengo que rendir..... | 43 |
| El standapero..... | 49 |



Los años como alumno y como profesor frente al aula, me han llevado a vivenciar miles de momentos o situaciones de todo tipo. Desde las más adorables y divertidas, hasta las más desagradables o aburridas.

He conocido cientos de personas, muchas de ellas inolvidables y entrañables. Algunas incluso, se han convertido en amigos inmensurables o colegas prestigiosos.

Agradezco a todos y cada uno de ellos que la vida los puso en mi camino, porque de una u otra manera, algo me enseñaron, algo aprendí de cada uno de ustedes. ¡GRACIAS!